

Los ruidos chirriantes anunciaban el inicio de una nueva jornada. La 723. Hasta ayer, la manera de superar el intenso sentimiento de abandono y desidia que le impedía levantarse era restando. Porque un día más también era un día menos. Pero ya no. Ahora tendría que recurrir a cualquier otro motivo -más o menos real, más o menos creíble- para afrontar la tarea de sobrevivir.

Tenía que encontrar en su pasado un punto de apoyo que le permitiese proyectarse al futuro. Buscó en sus recuerdos. La selección cronológica le pareció una buena forma de elegirlos porque intuía que cuando más retrocediese más esperanzas habría de hallar algo auténtico y sólido para, desde ahí, impulsarse.

Empezaría por los primeros retazos que guardaba en su memoria.

La escena evocada le hizo sonreír. Oyó de nuevo la música alegre que sonaba en la radio y vio a su madre, joven aún, cantando y bailando. Junto a ella, sus dos hermanos reían y la felicidad -o algo parecido- llenaba su corazón. Era como si nada malo pudiese suceder. Trató de unir el pasado, el presente y el futuro en ese recuerdo; hacer de él su propia eternidad y eliminar el resto de lo vivido. Pero fue imposible. La memoria le falló. Y le falló porque le hizo recordar lo que sucedió a continuación, cuando su padre entró en casa y golpeó con violencia a su madre mientras gritaba: ¡Otra vez estás borracha! ¡No sirves para nada!

Volvió a intentarlo. De nuevo retrocedió en el tiempo, pero un poco menos. Era una noche clara y fría. Tenía 14 años y su primer amor le prometía una luna llena y brillante. Sus ojos se llenaron con la emoción que de nuevo le embargó, como aquella vez. Entonces creyó que todo era posible. Que el sentimiento sería eterno y sus sueños realidades. Pero el recuerdo grato se convirtió en polvo, como si la fuerza de una bomba lo hubiese hecho pedazos. No pudo evitar rememorar las sucesivas decepciones; el egoísmo y la manipulación que vinieron primero o la violencia y la destrucción que siguieron. Es cierto que ese veneno del que se servían para buscar la felicidad había anulado lo mejor de cada uno, pero también lo era que, en su caso, el amor por el otro siempre había estado ahí, guiando comportamientos.

Su energía disminuía, pero siguió adelante. Se trasladó al momento en que nació María; su pequeña, su vida... ¡Eso sí que fue plenitud! Por un segundo quiso creer que la fuerza del vínculo con su hija podría servir de palanca y apoyo. Pero el efecto balsámico del recuerdo dio paso a un dolor desgarrador e insoportable porque trajo consigo la evidencia de la pérdida. ¿Dónde estaría ahora? ¿Quién se ocuparía de ella? ¿Cómo podría advertirla de los peligros, de los errores, de los riesgos que no debía correr? ¿La recuperaría algún día?

El miedo y el sentimiento de culpa mataron su capacidad de ensoñación. Situada frente a su realidad Clara repasó mentalmente cómo la detuvieron cuando, a petición de su marido, llevaba caballo a unos colegas, clientes habituales. Revivió el momento en que el juez sentenció su culpabilidad y dictó el correspondiente castigo. En realidad no era algo nuevo. Ella siempre se había sentido culpable de algo, pero en esta ocasión el delito era 'contra la salud pública' y por él tendría que permanecer ocho años en prisión, alejada de su hija. Eso hizo que el rechazo del entorno, muchas veces percibido, fuera mayor. Ni su madre, ni sus hermanos ni, por supuesto, su padre le tendieron la mano.

Él sí. Su marido estuvo ahí... Al menos al principio...

Prometió ocuparse de María; de atenderla, de cuidarla, de quererla... de traerla a los vises familiares. Prometió contarle cada día cómo estaba su pequeña, cuáles eran sus preocupaciones, si dormía, si comía bien... Pero el propósito de afrontar juntos las dificultades y conformar una nueva estructura familiar que superase la separación duró poco. Seis meses después de su ingreso en prisión el padre no acudió a recoger a la niña a la salida del colegio.

Perdieron la tutela que, desde entonces, ejercía la Diputación. Las visitas y los vises íntimos se fueron espaciando hasta que se convirtieron en algo ocasional.

Ayer una nueva decepción, provocada por una nueva ausencia, la obligó a reaccionar. Como cada semana solicitó el permiso de visita. Pero una vez más había esperado en vano. El desánimo trajo a su memoria algo que sabía y trataba de olvidar: él vivía con otra mujer. No tuvo más remedio que asumir la realidad del abandono. No volvería; la espera era inútil.

¿Y ahora qué? Lo había perdido todo. Clara llegó al fondo. Deseó morir por falta de razones para confiar y creer. ¿Qué le ayudaría a superar los 2.198 días de reclusión que aún debía cumplir? ¿Y los que le quedasen por vivir en supuesta libertad?

Desde esa soledad extrema descubrió su núcleo, percibió la fuerza que emanaba de él y, por primera vez, supo que podía dirigir su propia vida. Algo desconocido, muy dentro de ella, se encendió como una pequeña llama, promesa de un gran fuego liberador.



Araceli Fernández